

# Editorial

Este es el número 12 de la revista. Desde que iniciamos hemos querido destinar esta tribuna para reflexiones que se encuadren en el marco del lema de la Escuela de Ingeniería de Antioquia —EIA— «Ser, Saber y Servir», pero también que mantengan el espíritu de la publicación, Revista Soluciones de Postgrado EIA, cual es el propiciar la divulgación de escritos productos de investigación y de reflexión que ofrezcan soluciones a los problemas del país y del mundo, independientemente de que sean o no de postgrado.

Con la convicción de que la educación está llamada a desempeñar un papel protagónico en la transformación histórica y cualitativa de los pueblos y en el mejoramiento de sus condiciones de existencia; con la de que la escuela (la comunidad académica) tiene un compromiso insoslayable con la búsqueda de las soluciones a las necesidades y problemas del país; y con la de que es en la educación donde residen las posibilidades de una genuina formación en la libertad y en la democracia; y como quiera que esta llega a los lectores del mundo académico, hemos querido destinar estas líneas a exponer algunas ideas al respecto de la escuela.

Hoy se reedita a través de los medios la convocatoria a proponer cambios para la educación en Colombia. Seguramente las respuestas van a ser abundantes, razonables y muy pertinentes. Esas ¿son soluciones o quizás pseudosoluciones?, dado que, como decía G. Bachelard, no es que haya problemas sin respuesta, sino problemas que están mal planteados. Porque es posible que lo que se esté pidiendo para el caso colombiano, esté mal pedido, pues lo que realmente se precisa no es una transformación de la escuela, un cambio en la educación, sino una educación para el cambio, una escuela transformadora, una escuela que —pensada en clave de país y en clave de bienestar para sus gentes— proponga alternativas a ese efecto.

Quizás pseudosoluciones porque lo que se está requiriendo parece ser un cambio por y para la escuela, que la prepare para mejorar resultados en exámenes estrictamente académicos como la Prueba Pisa en las que el país viene mostrando cada vez peores registros, y que siendo sin duda muy importantes, nada aportan a la solución de los problemas reales y urgentes que el país demanda. En suma: lo que la realidad nacional está pidiendo no es una transformación de la escuela que se quede en ella, que nos permita ocupar lugares más decorosos en competencias academicistas, mientras el país real de «carne y hueso» se hunde en los abismos del atraso, de las desigualdades sociales, de las violencias.

En el apartado anterior hemos dicho que se trata de una convocatoria reeditada, inveterada. En efecto, han sido reiterados los llamados y las respuestas a cambiar la escuela (puede leerse también la educación) sin que a la fecha ella haya impactado significativamente la realidad nacional, sin que el país pueda registrar cambios notorios en lo atinente a solucionar sus problemas más apremiantes. Y con esto no estamos desconociendo que la educación tenga un rol importante que desempeñar en relación con la totalidad de los ámbitos de la vida nacional; y tampoco estamos desconociendo que no lo haya tenido en materia de formación profesional y también en relación con la formación de algunos innovadores y emprendedores. Pero —insistimos— no se trata de transformaciones profundas.

En esta línea de pensamiento seguimos requiriendo para la revista aquellos escritos propositivos cuya motivación e interés primero, más allá del afán de acumular puntos a fin de obtener premios y reconocimientos personales, se cifren en el deseo de afectar positivamente la realidad social nacional. Y esto demanda otros lógicos de orden ético y cultural para la academia: se requiere, ante todo, empezar por visibilizar al otro, entender que el conocimiento es patrimonio social y que es preciso apropiarlo y ponerlo a disposición del bienestar y dignificación de la comunidad, por medio de la identificación de sus problemas y necesidades prioritarias y urgentes; es necesario comprender que la escuela tiene una responsabilidad social e histórica impostergable que no se agota en su función profesionalizante. En fin, es necesario pensar una escuela en la cual en lugar de una lógica de investigar más, para escribir más, para puntuar más y así obtener más reputación, mayor prestigio y mayor visibilidad, la investigación, la apropiación del conocimiento y la escritura se articulen a la lógica del servicio al país.

Nos resta agradecer a quienes nos envían sus escritos, pero igualmente a quienes nos leen y consultan. A unos y otros los invitamos a que nos envíen sus sugerencias a fin de mejorar cada día. También los invitamos a que, con ánimo de debatir sanamente, nos contesten y repliquen las notas de la editorial, con la seguridad que en la siguiente edición podrán hallar sus propias ideas en este espacio.

**Fabio Calle Correa**

Director Revista Soluciones de Postgrado EIA